

## TIEMPO DE SOLEÁ

¿Tú qué harías un lunes cualquiera de tu vida? Tal vez para muchos esta pregunta sólo tenga una respuesta, para muchos pocos caben infinitas. Muchos me tacharían de loco, no les culpo ni les guardo rencor por ello, pero yo elegí en solitario y por la nieve caminar que es lo que a continuación voy a contar.

Me despido de mis padres, que como siempre cuestionan mis aficiones e idiosincrasia, -¿qué falta te hace?, ¿eso no es vida!, ¡ten cuidado con lo que haces!-, son algunas de las frases que puedo oír cuando cojo mi mochila hambrienta de aventura.

Caminito de los gigantes blancos, que se yerguen allá a lo lejos, me voy entonando con Ojos de Brujo. Dentro de mi vehículo a motor cada uno de sus temas alborota mi mente y mi ánimo, eso o seguramente la incertidumbre de saber que ciertamente voy a hacer cosas vedadas incluso a la imaginación de tantos que piensan que están en el pleno uso y dominio de sus facultades mentales, y sin embargo no pueden librarse de las ataduras que ellos mismos se han impuesto, aunque como dije antes, no guardo rencor a nadie, ya que cada uno es feliz a su manera, y yo lo soy a la mía, siendo ello un fin en sí mismo.

He elegido viajar solo porque no tenía más opción, ya sabéis, porque es lunes, pero como las penas con pan son menos he elegido así para poder ser los ojos, los oídos, las piernas, las manos, la boca y la nariz de mis amigos, y para compartir -nunca olvidéis esta palabra- con ellos lo que no han podido vivir en sus carnes. Aunque en otro tiempo llegué a imaginar para mí grandes odiseas en solitario, hoy por encima de todo han de ser con la inestimable compañía de mis amigos, a pesar que de vez en cuando necesite apartarme, liberarme, serenarme...y tener mis momentos, como hoy, "tiempo de soleá".

Ya pasado El Berro está el primer obstáculo físico del día, una valla impide el paso al corazón de Sierra Espuña por haber placas de hielo en el asfalto, y no tengo otra cosa que hacer que apartarla y seguir, al rato pienso: -¡pues es verdad!-, había placas de hielo, voy aminorando la velocidad todo lo posible para no resbalar, por unos momentos me pongo en tensión viendo la posible caída que hay a la izquierda, unos 200m de desnivel sin barreras quitamiedos ni pinos que te detengan. Pero todo temor se desvanece cuando al girar una curva me topo con la majestuosa presencia de las Paredes de Leyva, ese colosal tajo en la caliza de 200m de alto y 1km de largo que atesora gran número de aventuras en sus amados y odiados muros, como solo es posible en un lugar mágico para los montañeros. Sigo y prosigo pero no sin ir antes a echar un vistazo a la Casa Rubeos, solo movido por la curiosidad de saber su aspecto nevado, que se puede calificar de interesante.

Esta es la nevada más grande que recuerdo en Sierra Espuña, hasta me cuesta llegar a la cadena que corta la pista del Valle de Leyva, pero llego y preparo todo lo esencial: pijama, polainas, traje del frío, dulces navideños, etc.

Tengo todo el día para disfrutar del paraíso que nos brindan los elementos, atento a todo lo que ocurre a mi alrededor no hay nada que consiga perturbar la paz que se consigue al oír el silencio en solitario.

Más adelante empiezo a escuchar un rumor, acelerado y de gasolina, y al acercarme me planteo la pregunta: ¿desastre ecológico o selección natural?. Parece inverosímil como en un momento la nieve puede destruir pinos que llegan a ser centenarios, pero sí, quebrados por su tronco y abatidos en mitad del camino, unos cuantos hombres con sus motosierras trocean los árboles hasta dejarlos como palillos llenando el valle de ecos holocáusticos. No llego a imaginar la cantidad de nieve necesaria sobre las ramas de un pino para hacerle ceder de esta forma tan vergonzosa llevándolos incluso a la muerte por aplastamiento.

Más arriba tanto blanco daña la vista, el ojo humano no está acostumbrado a tanta belleza. La nieve me va alcanzando las rodillas pero gracias a que hay unas cuantas huellas del día anterior me hacen el camino más liviano. Respiro y el aire incluso penetra los pulmones de puro fino, caminar sobre un manto de azúcar me hace sentir ingrátido. Voy llegando a las Paredes de Leyva, esa colosal losa vertical, a la vez que el sol penetra en el Valle, se produce una lluvia de contrastes, la gran pared rojiza, nácar sus repisas, el norte del Morrón Chico sombreado y sembrado de pinos blancos y gélidos llegando a parecer estatuas de hielo, una pequeña brisa alborota el silencio con un silbido antes y después.

Sigo la ascensión por el Valle y cada vez es mayor la cantidad de pinos derrocados y mayor el espesor de la nieve. Donde va llegando el sol comienza a derretir los copos posados sobre las copas de los árboles, empezando a caer lentamente pero en gran grupo las bastas cantidades de nieve como puntas de aguja, que al trasluz del sol semejan un arco iris de primavera.

Llego al Collado Blanco a más de 1.000 m., donde la falta de oxígeno impide crecer árboles de gran talla, por lo que sólo algunos matorrales de gran carácter como el cojín de monja llegan a sobrevivir, pero aún ellos están enterrados lo que convierte el paisaje en un desierto blanco como la Tundra Austral. Desde aquí las posibilidades son infinitas, a un lado me deleito viendo desde lo alto uno de los valles más bellos de la Región, Valle de Leyva, pero es que al otro está Prado Chico con su Fuente Blanca y sus Casas del Dominó, lugar que siempre me ha cautivado sobremanera y el mero hecho de estar allí recompensa la existencia cuando te invade la pureza del lugar y te hace sentir cosas que no puede nombrar aquí. Todo esto da paso más allá a Malvariche, el gran desconocido, donde estuve anteayer con Ginés, pero más allá todavía está La Selva y más allá el blanco de la nieve se confunde en el horizonte con el blanco de las nubes -¿se puede pedir una vida mejor?-.

Pero mi destino está en los Pozos de la Nieve. Hay una huella difusa que parece ir allí, la que yo he venido siguiendo descendiendo a Fuente Blanca. Las huellas son muy irregulares, algunas tapadas por la nevada del día anterior, hasta que llega el momento en que se pierden por completo, veo muchas otras de los

mufles y conejos que no merece la pena seguir aunque sería muy bonito ver ahora alguno de estos animales rodeado por semejante entorno.

La dicha nunca puede ser completa. Camino por terreno virgen y ya he metido un par de veces las piernas hasta la ingle, no pudiendo ahondar más porque toca el cárter, en verdad esto está para llevar raquetas, aunque sean de tenis. Si la situación no empezaba a empeorar, para colmo de todos los males el sol es ocultado por unas nubes grisáceas que contrastan con el blanco desierto por el que camino. Discurro por un pequeño valle para unir con los Pozos de la Nieve, yendo y viniendo de un lado a otro para encontrar la menor cantidad de nieve posible, pero es inútil, amargamente he de seguir padeciendo para sacar una pierna del agujero y meter la otra llegando a parecer de circo, siempre con la esperanza de encontrar más adelante nieve dura que me impida hundirme, pero no. Piso un poco, tanteo, parece firme pero al dejar caer el peso caigo inexorablemente, ahora toca apoyar los bastones y balancearme adelante y atrás hasta encontrar la inclinación y la fuerza necesaria que me ayude a sacar la otra pierna para volver a clavarla sin remedio en palmo más adelante, es como andar con los grilletes de un preso. El viento arrecia intentando calar en los huesos, el cielo sigue gris y he de convencerme a mi mismo para seguir, la motivación flaquea, empiezan a llegar las dudas existenciales, -¿qué hago aquí, para qué seguir?, he avanzado poco y me falta bastante hasta la meta, puedo darme la vuelta sencillamente y contentarme con lo que he visto que no es poco-. Pero bueno, hoy es lunes, estoy viviendo una experiencia única y qué podría hacer más interesante que estar en un mar de nieve que nadie se atrevió a surcar. En casa la rutina de siempre, aquí maravillas que algunos no verán, o más importante, no apreciarán ni sentirán, -¿qué eliges?-.

Esa fuerza incógnita e indómita que algunos guardan para las ocasiones especiales fue lo que me hizo continuar, e incluso llegar a apreciar tras el autoconvencimiento el presente tan admirable del que gozo.

Así entre cavilaciones y sentimientos llego a la zona de repoblación, poco antes de los Pozos de la Nieve, que parece un huerto de pinos. En vez de dejarlos caer al azar, han sido puestos escrupulosamente en rigurosas hileras que guardan entre sí un orden matemático de separación, es decir, un huerto, lo que en nada semeja ni recuerda a la sabia naturaleza ni al libre y salvaje bosque que pudo ser antaño. Al margen de esto, todos ellos dan una idílica muestra al estar copados de azúcar y adornados por finas y delicadas, aunque largas chorreras de hielo, como agujas que apuntan al suelo o a mí.

Una vez atravesado el mágico paisaje alzo la vista y ahí se alzan derrumbados los Pozos de la Nieve, testigos de otros tiempos, otra cultura, otra vida...

Paseo por el lugar como tantas otras veces, aunque hay algo diferente, y no por la nevada, todos los Pozos están como recordaba salvo uno, uno de aspecto peculiar, el único que conservaba su cúpula cilíndrica y cónica también ha caído a

merced del tiempo que deja a cada uno en su sitio. Es momento para el descanso, me meto en las ruinas de las casas donde nos refugiamos un día de tormenta, y entre unos troncos y piedras compongo un asiento bajo la puerta, que me brinda una protección relativa, pues la casa está en ruinas..., y una vista inigualable. Me abrigo y me acurruco. Al mirar el reloj surgen las comparaciones odiosas, desde el coche al Collado Blanco tardé una hora habiendo unos 7 km, y desde allí hasta aquí otra hora habiendo 2 km, las cifras hablan más que yo de la dificultad del tramo anterior.

Allí, bajo el frío portal, en un pequeño trance, llegando a ser casi una siesta, descanso en cuerpo y alma, cosa en extremo difícil puesto que a todos nos es fácil dar descanso al cuerpo, no así al alma, a la mente ocupada siempre en descifrar los enigmas de la vida.

De vez en cuando las nubes conceden libertad condicional al sol que alcanza a tocarme la cara con sus rayos como es su deber mientras sea de día. Así hasta que uno de esos rayos me recuerda que todavía hay camino por andar. Lo próximo es ascender por una empinada ladera hasta la Morra de Las Moscas de 1.507 m, tercera en altura de la Sierra, desde allí hay una buena vista de la vertiente sur. Paso los Pozos y comienzo a subir por una intrincada zona de pinos, la situación es como la anterior, es decir, hasta el cárter, pero me lo tomo de forma diferente, ya recuperado físicamente el camino es más divertido, ya no es un desierto, incluso a veces pareciera que voy nadando, tal es la inclinación de la nieve que no sé si estoy de pie o acostado porque llego a postrarme sobre ella en una ligera oscilación y avanzo como un cuadrúpedo.

Llegando a la zona cimera, para mi asombro más me asombro de ver rocas y arbustos cubiertos por completo de un hielo transparente lo que se traduce en temperaturas bajo cero, como si se tratara de conservar aquello en criogénesis para la eternidad. El viento a barrido por completo las zonas más altas, dejando sólo una superficial capa congelada que es por la que transito mientras Eolo lo permita, porque hoy sigue soplando y nada educado para conmigo. Tal vez con intención de echarme, ya que la mayoría de los hombres cuando ven algo bonito tienden a destruirlo.

En la cima observo que la zona sur no está nevada tan copiosamente como la central o norte, pero bueno "no somos naide". Sin más pena que gloria doy los primeros pasos al Morrón de Alhama o Morrón Chico de 1444 m, cuarta cumbre cuya única dificultad es superar una pequeña pared de 4 m de segundo o tercer grado, que normalmente se supera bien pero ahora parecen unos pasos de alpinista. Desde allí se domina el eterno Leyva y gran parte de las sierras circundantes, algunas de ellas nevadas.

Todo está listo para volver a casa, he de coger el camino de regreso al Collado Blanco y de allí bajar al cochecito leré, no tengo que deshacer lo hecho, hay una senda directa desde el Morrón al Collado sin pasar por la Morra ni los Pozos, pero todo está cubierto de nieve y los hitos que señalan el camino no se

distinguen al igual que la senda, aunque de otras veces intuyo la vuelta. El camino se vuelve a hacer tortuoso por el ya sabido tema del cárter y aunque la tarde está avanzada espero llegar al coche antes que la noche, sino deberé usar el frontal cosa que no me agradaría. Comienzo a estar muy cansado, ya que casi todo el día caminando con grilletes no es nada cómodo, la nieve se empalaga como un chicle en el paladar. Ya voy haciendo de vez en cuando alguna parada para descansar aunque debiera decir sentada, porque con la nieve hasta la ingle y un pequeño esfuerzo no es difícil sentarse en ella, mientras las piernas en la nieve se relajan con el frío. Camino y camino hasta descubrir que he errado el camino, voy rodeando lomas a media ladera que siempre me llevan a un pequeño barranco, vislumbro el camino real que transcurre sobre todas las lomas, uniendo unas con otras, pero ya estoy tan cansado que no tengo ganas de acercarme. Hasta el punto irracional de vender mi suerte al diablo y dejarme caer por uno de estos barrancos en extremo empinados, semejantes a un embudo cuyo canuto no sé donde acaba, bueno sí, en Leyva, lo que no sé es cómo acaba, algunos de estos barrancos llegan a un salto o cortado de varios metros imposible de franquear, debiendo irremediablemente volver a subir o saltar a la piscina, cuestión de prioridades. Otras veces llegan sin más al camino del Valle, esperemos estar en el correcto con mucha suerte, si no de subir otra vez puede que se haga de noche. La bajada es muy lastimera, con el cansancio acumulado me gustaría dejarme caer rodando por la pendiente hasta el final, -si algún día llegáis a sentir algo así no será bueno- y lo intento además, pero de la cantidad de nieve que hay no consigo más que clavarme, me cuesta hasta bajar, otra vez las dudas existenciales, pero ya no hay vuelta atrás. Llego a un estrechamiento, lugar clave, puede haber un corto precipicio o un paso adelante. Para mi regocijo se puede continuar aunque con dificultad, un terreno escalonado parece dar a la pinada del valle, más adelante todo se cumple y tras sacudirme la nieve vuelvo sobre las huellas que hice esta mañana, el círculo está cerrado. Sólo queda bajar por el camino, no importa lo que tarde, es un camino seguro, guardo las gafas de sol, ya se ha ocultado bajo las montañas pero todavía queda luz.

Ahora es cuando todo cobra sentido, bajando en la soledad del atardecer vienen a mi cabeza los buenos y malos momentos del día, incluso de otros días pero eso es otra historia o mejor muchas historias, aunque todas en una, la aventura, la aventura de ir más allá, de visitar lo desconocido, da arriesgar sin saber el final, mirar detrás de lo evidente para ver lo que nadie ve, y sobre todo para soñar y que la realización de un sueño te lleve a otro y que no exista un punto finito y que el mundo se abra a nosotros y nosotros a él y seamos uno y solo uno fundidos en el caos absoluto del universo infinito.

Un lunes de enero de 2003

Jose Antonio Rodríguez Sánchez